



La pedagogía de los pájaros (2016-2017)

1

Leticia Cossettini, vivió cien años, nació en San Jorge, Provincia de Santa Fe en 1904 y falleció en 2004; fue artista, maestra y una de las pedagogas más reconocidas e importantes de la Argentina. Entre 1935 y 1950, junto con su hermana Olga, desarrolló un transformador proyecto educativo llamado Escuela Serena: consiguieron que las autoridades estatales declararan a la Escuela Dr. Gabriel Carrasco del barrio Alberdi, en la ciudad de Rosario, como establecimiento experimental, modificando así la escuela mixta en una escuela activa con experiencias de aprendizaje basadas en la contemplación, la pintura con acuarela y la convivencia con el entorno.

Manteniendo la jornada simple (en gran medida por los alumnos que trabajaban como repartidores de pan, canillitas o lecheros), sus idea fundamental consistió en que podía educarse más allá del enciclopedismo clásico de la escuela tradicional y que, en su lugar, era preciso potenciar la libertad, la creatividad y la responsabilidad de niños y niñas. Se realizaban las llamadas Misiones de Divulgación Cultural que consistían en sacar la escuela a la calle, contactándola con el barrio y su gente. Muchas de las actividades escolares eran organizadas por los alumnos desde el Centro Estudiantil Cooperativo que, entre otras cosas, editaba una revista: La voz de la escuela.

La educación estética era central en la formación de los chicos, por lo que se propusieron borrar los contornos de las asignaturas. Geografía, Música, Biología o Matemática eran una misma cosa. Leticia llevaba fuera de las aulas a sus alumnos, las clases se dictaban en plazas o la vera del río, y para explicarles un tema, por ejemplo el radio de circunferencia, utilizaba la fuente de la plaza, para multiplicar o restar, las distancias entre los árboles, para trabajar sobre la biología utilizaba las diferentes especies de esos mismos árboles aledaños que había utilizado para explicarles matemáticas, o contar hormigas para ambas cosas; para enseñar geografía los llevaba a pasear por los alrededores o la vera del río, para saber de historia salían a preguntar las historias de los habitantes del barrio. Creó el *Coro de Niños Pájaros* y el *Teatro de Niños y de Títeres*; a cada chico se le asignaba el canto de un pájaro que encontraran ese día en el parque y lo representaban; esas eran sus clases de música y a partir de ahí surgían las partituras.

Una de sus premisas fue que la educación no tenía timbres ni campanas. Las hermanas Cossettini consideraban que la escuela era fundamental para ensanchar las capacidades de los niños, para imaginar, crear, expresarse y elegir en qué lenguaje hacerlo. Hay un archivo en el Ministerio de Educación que conserva, escaneados, los cuadernos de varios alumnos, con las particulares ilustraciones en acuarela que desbordaban desprejuiciadamente los márgenes y renglones. En 1950, su hermana Olga fue exonerada de su cargo de Directora de la Escuela Experimental. Es sabido que fueron las discrepancias políticas e ideológicas con el Gobierno las que desencadenaron este desenlace. «No hemos querido preconizar qué es lo que puede hacerse. Hemos preferido soñar y hacer», escribió Leticia acerca de su oficio en sus cuadernos. En 1986 fue nombrada ciudadana ilustre de la ciudad de Rosario y recibió el Premio Konex a la Educación. Vivió en el mismo barrio donde aún existe la Escuela Carrasco; su casa de entonces se convirtió en un centro cultural y un pequeño museo.

2

Hasta aquí los datos duros y blandos de una vida en la que son casi nulos los pasajes que refieren a su pasado como artista. Leticia Cossettini fue escultora, y quizás el aporte de la pieza que aquí se presenta sea unir las imágenes con las palabras. Las primeras menciones a sus obras datan 1933, dos años antes de fundar Escuela Serena. También sabemos de su quehacer artístico por un reportaje y un texto aparecido en el número 58 de la revista *Ars*, publicado en Buenos Aires en 1952 y dedicado en buena parte a su obra. Cabe recordar que *Ars* ya era una revista con cierto renombre para la época, cubría muestras y tenía alcance nacional. Allí no se menciona su labor docente (como si se desconociera), y se la entrevista únicamente como escultora, dice:

“Descubro el ritmo de las chalas, sabias de sol y viento, y lo acentúo con mis manos, o bien me pongo bajo el dominio mágico de las aguas que las tornan dóciles –se pliegan, se doblan, se rizan- y las devuelvo al sol y al aire, una y otra vez, porque de ellos son hijas, y de ellos les dan la gracia, que del sol y el aire son y no mías. De las chalas a mi espíritu, de mi espíritu a las chalas, el principio y el fin se unen como en un círculo [...] Tienen paganía. Se mueven en círculos como cosa de los cielos y de la tierra, como los frutos y las simientes. No tienen nombre. ¿No es mejor así? [...] No he podido vencer ese sentimiento de fugacidad de la imagen: pienso en el arcano de un rostro que está y no está, que se insinúa en cierto modo y una ráfaga lo mueve y borra a su antojo [...] Respondía a viejas voces: sembrar la tierra, segar la hierba, recoger gavillas. Luego vino la danza que las hizo aéreas. Yo no sé si jugaban con el viento, o si el viento jugaba con ellas, y las modulaba a su antojo. Las envolví en pliegues. Se detuvieron absortas ante el milagro”.

Después de esto, lo poco que hay escrito al respecto la exhibe todavía produciendo y en actividad entrada casi en sus 100 años. En 2004, el primer número de la reeditada publicación *El Monitor*, revista trimestral que enlaza al Ministerio de Educación con los docentes de las diferentes regiones del país, le realiza un pequeño reportaje que da cuenta de su cotidiano como artista. Se narra al pasar en esta entrevista realizada poco antes de su fallecimiento:

“Leticia necesita un breve recreo y salimos a conocer su jardín. Al regresar, el elogio de las figuras de chala y corteza que pueblan su living le da un nuevo rumbo a la conversación. “A mí siempre me gustó, desde pequeña, descubrir las formas de las cosas. Cuando empecé a hacer esos trabajos me parecían tan extrañas las figuras, pero sin embargo empezaron a andar, a moverse, y resultan curiosas. Todas las figuras de chala, todas las de corteza son diferentes en la estructura, tienen un ritmo completamente diferente; después viene el despojo de las formas”. De pronto, Leticia se detiene frente a una de las figuras, la toma entre sus manos y dice: “Yo las hago y después las dejo que anden, cada una tiene su ritmo y eso es muy hermoso. Las figuras se escapan de las formas, van hacia otro sendero. Cada uno brilla con los ojos que tiene”.”

Estos pasajes que presentamos y las seis fotos exhibidas en la sala son las únicas referencias a su obra que hemos podido recuperar, obra que, recordemos, fue pretendidamente efímera. Nos permite pensar a una artista de compromiso social insoslayable siguiendo un hilo silenciosamente y hasta el final de sus días. Puestas en contexto, sus esculturas resultan especiales para la época: realizadas por una mujer a principios de 1930, son piezas efímeras, representaciones livianas en sus bases de madera cruda, elaboradas completamente con hojas de chala mojada y modelada, desechos degradables de una fortaleza zen y a sabiendas latinoamericanista (esto puede comprobarse en varios pasajes de su diario y en su labor docente). Son obras agudas para la época, en sus modos de representar el cuerpo femenino, en cómo entender el arte y su valor en los sistemas.

Prescindiendo de una carrera en el sentido clásico, en silencio y con suma modestia, sus aportes a la pedagogía están íntimamente relacionados a su visión y consciencia poética del mundo. Una certeza de la contribución misma que puede el arte (y un artista) hacer a la sociedad, a su interacción, tanto entre personas como entre cosas y fenómenos. La pregunta obvia sería entonces, si se puede pensar su lugar en perspectiva como el de una artista mujer dentro del campo teórico, y por tal, en una tradición que llegue a nuestros días, permitiendo enlazar incluso al Proyecto Escuela Serena en Barrio Alberdi con el Proyecto Secundario Liliana Maresca en Fiorito. Leticia Cossettini creía con firmeza en un tipo de Arte transformador a partir del juego y la experiencia, y sus aportes a estos dos campos, el creativo y la docencia, se resumen en su libro *Del juego al arte infantil* publicado por la Universidad de Buenos Aires en 1963, libro que también recoge su hermoso diario de clases.